

LA PROBLEMÁTICA POLÍTICO-EDUCATIVA DE LA INTEGRACIÓN DE LA GENEALOGIA Y DE LA IRREDUCTIBILIDAD

Diego Ariel Jarak*

UNIVERSITE DE PROVENCE (AIX-MARSEILLE I)

Aix-en-Provence - Francia

Resumen:

Con la aparición del Facundo, de Domingo Faustino Sarmiento, y del binomio civilización-barbarie, se instaló entre los intelectuales argentinos una forma de representación estática de la realidad. La detención del complejo social en un díptico con reminiscencias al retablo de Issenheim retrataba la sociedad argentina en un cuadro de interesantes características pero que, justamente por lo atractivo de las mismas, escondía el hecho de que se trataba de una mirada posible, entre otras varias. La intensidad de los colores, especialmente el rojo con que Sarmiento pintó la sangre de los enfrentamientos, se instaló en forma definitiva, verdad última. Quedaron así determinadas las formas a partir de las cuales, después de Facundo, los argentinos interpretaríamos nuestra realidad. El alcance de estas descripciones trascendió el mero campo descriptivo, sea este histórico, político o social, para erigirse en modelo epistemológico. De esta manera, la división binaria que comenzó con el biseccionismo de Sarmiento, llegó hasta nuestros días ya no sólo como una descripción histórica, sino como "la" forma de interpretación de la realidad. Localizar el origen y el desarrollo de este modelo biseccionista muestra dos cosas: uno, que aún hoy, para los argentinos, la argentina es un país dividido; y, dos, que esta división es asumida como originaria y nunca fue puesta en duda.

¿Hubo un Jardín o fue el Jardín un sueño?

J.L.Borges, "Adam Cast Forth".

Introducción. Existe una tendencia generalizada entre los intelectuales argentinos a estudiar la realidad nacional partiendo de una escisión que, por lo persistente, tiende a ocultar el hecho de que se trata de una construcción conceptual y no una situación efectiva. Efecto de un platonismo avanzado (la separación de los mundos y la improbable participación de uno en otro) o de un cristianismo temprano (la separación entre fieles e infieles y la improbable distinción entre la salvación de los primeros en oposición a la eterna caída de los otros), la separación es legataria del proceso que desde el interior de un pequeño grupo de figuras ligadas directa o indirectamente a la idea de clase patricia, asumían la responsabilidad de dirigir el futuro país. Las manifestaciones más evidentes de este *constructo* son los ya emblemáticos conceptos antagónicos con los que Sarmiento hizo acompañar el título de su obra Facundo, los de *civilización y barbarie*.

- ¿Quiere alguien mirar un poco hacia abajo, al misterio de cómo se *fabrican ideales* en la tierra? ¿Quién tiene valor para ello?... ¡Bien! He aquí la mirada abierta a ese oscuro taller. Espere usted un momento, señor Indiscreción y Temeridad: su ojo tiene que habituarse antes a esa falsa luz cambiante... ¡Así! ¡Basta! ¡Hable usted ahora! ¿Qué ocurre allá abajo? Diga usted lo que ve, hombre de la más peligrosa curiosidad -ahora soy yo el que escucha.- (Nietzsche, F. 1995, p.53)

La construcción. Desde que los intelectuales del Río de la Plata comenzaron a preguntarse acerca de la naturaleza propia del "ser platense", lo hicieron en oposición a todo aquello que España les representaba. Una España que cada día se mostraba más distante y tendiente a desaparecer bajo las ambiciones napoleónicas. Una ausencia administrativa que en el fondo manifestaba un vacío de poder, y que con insistencia volvía a las discusiones a las que se entregaban los conciudadanos del Río de la Plata. La perspectiva de que existían elementos propios y comunes que se diferenciaban de los intereses españoles no tardó en imponerse marcando de alguna manera la dirección que el grupo responsable debía asumir en pos de una probable transición.

Esta primera consciencia de "lo propio" surgía de la oposición frente a "lo dado", como si al negar algunos caracteres españoles se dejara traslucir un elemento común que los atravesaba a todos. En parte, esta idea derivaba de un sentimiento de pertenencia con que el grupo se identificaba. Las diferencias respecto de los españoles no solo aparecían como el nuevo cemento social sino que además les permitía erigirse en interlocutores con la Corona y por tanto poner al grupo por sobre el resto de la sociedad. Por otra parte, este sentimiento de pertenencia se solidificaba frente al rechazo manifiesto por la misma administración colonial respecto de la participación de los criollos en la misma. Esta manera dicotómica de oposición condujo al grupo al desarrollo de un proceso identitario en el que el "nosotros" se definía en la relación con el "ellos" pero que, sin embargo, en los albores independentistas, no poseía aún las cargas positivistas que luego definirán los trazos finales del "ser argentino".

Se trataba más bien de un movimiento de respuesta frente a una situación que cada día se imponía con mayor necesidad: la sistemática desconexión de la península respecto de sus colonias. La progresiva disolución del nexo fundamental a partir de la desaparición del poder, y no una ruptura buscada por parte de los sometidos, hicieron que este proceso se inscribiera en la línea de una transición moderada. Aún no se sabía qué rumbo tomarían los hechos y por tanto no se esperaba el corte definitivo. La configuración de este primer ser nacional, entonces se construía a partir de una oposición que, sin embargo, se fundaba en una continuidad y que por tanto se orientaba hacia el establecimiento temporario de una nueva relación y no a una separación definitiva. Basta leer las páginas que Moreno dirige al representante de los reyes españoles, el Virrey Cisneros, en su Representación de los hacendados para darse cuenta que la relación seguía los trazos de la obediencia, el respeto y por tanto el reconocimiento de la Corona española.

Así, la configuración de los problemas gravitaba aún en torno a un centro que se encontraba fuera. Las fuerzas se organizaban y equilibraban. Con España como tutor, padre, madre, amigo, enemigo, aliado comercial, rey universal, la situación en el Río de la Plata era clara. Con la desaparición de España, la ecuación se desequilibró. El centro se desplazó dejando una nueva configuración que demandaba una nueva definición; una nueva determinación de las fuerzas operantes, un nuevo esquema que debía ser resuelto. El "otro", la España Real, que antes había servido como elemento catalizador de la identidad, en tanto aparecía como "eso" de lo cual había que diferenciarse, ya no estaba. Con la desaparición de España desaparecía también el ser nacional. Perdido en la indefinición resultante de la caída del elemento configurador, los habitantes del Río de la Plata naufragaban en busca de una isla que los salvara de la tempestad.

Con Sarmiento, o con Facundo, se presentaba la posibilidad buscada. Un reparo frente a una tormenta que se mostraba voraz y que parecía llevar a toda la tripulación con ella. En cambio, los conceptos biseccionadores de *civilización y barbarie* parecían aportar finalmente la ansiada calma chicha. Así, en lugar de intentar equilibrar los distintos componentes en una sola unidad, la separación radical se presentaba como la alternativa más eficaz. Frente a los intentos de reconciliación, la ruptura. Así como lo habíamos hecho con España, lo volveríamos a hacer con nosotros mismos.

Para el ser nacional que buscaba desesperadamente una definición, el binomio civilización-barbarie se ofrecía como una representación posible que además de aportar una descripción de la realidad social, aportaba los elementos necesarios para la determinación de un esquema conceptual. Frente al vacío, la oposición de dos fuerzas, que recordaba la antigua situación de definición por la negativa, volvía a aparecer bajo una nueva reconfiguración de los componentes. El juego era conocido, mediante la oposición se definía lo propio. Así, la misma herramienta que antes había servido para diferenciarse de España, dando comienzo al desarrollo de la identidad propia, ahora parecía poder utilizarse en el plano interno. Pero el juego seguía siendo el mismo.

La división de la sociedad en dos grupos, tan claramente diferenciados como contrapuestos, permitía comprender los males de la nación a la vez que marcaba un ritmo y una dirección. En un modo que se asemejaba a la división platónica entre el mundo de las Ideas y el mundo de las apariencias, los conceptos de civilización y barbarie configuraban las diferencias que existían entre las dos argentinas. Al igual que la teoría de las ideas, la división permitía ubicar a uno de los mundos, el de la civilización, en un lugar más allá protegiéndolo así de cualquier intento de modificación, deformación, contaminación, etc. De esta manera, el mundo civilizado era inmunizado a la vez que se lo ubicaba en un lugar al que sólo el filósofo rey, o la oligarquía culta, podía llegar. Con el concepto de civilización, se englobaba una idea pura y un programa específico al que el otro mundo, el de la barbarie, podía o más bien debía apuntar. Y, para terminar la asociación con el modelo platónico, diremos que como aquel, la relación entre los dos mundos nunca quedó claramente especificada. Más bien, los intentos

mostraban, como en el caso de Platón que una vez establecida la separación la unión era imposible.

Del lado de la civilización, las piezas del rompecabezas argentino parecían finalmente comenzar a tomar forma. La separación de dos mundos -contrapuestos- dejaba ver a las claras que el origen de los problemas se encontraba justamente en la división. Con Sarmiento, descubríamos que en lugar de una única Argentina, había dos; claramente distinguidas, las dos argentinas coexistían en una hostil cohabitación geográfica. La separación entre las dos realidades mostraba la verdadera situación de los habitantes del suelo argentino. Mediante esta conceptualización de la realidad se otorgaba la posibilidad de comprender el por qué de los problemas.

Más allá de la categorización con que luego se vestirá a cada una de las partes que constituyeron la nueva Argentina dividida -la una bárbara, y por tanto negativa, mala, destructiva, etc., la otra civilizada, buena, positiva, constructiva, etc.-, la separación era asumida como una realidad indiscutible. La rápida propagación del esquema binario, que en el mismo movimiento describía la realidad social, política, económica y cultural en el Río de la Plata, produjo un segundo movimiento: el olvido del origen. Al asumir la división como verdadera se olvidó que se trataba de una forma interpretativa.

Una vez introducida, la división fue adoptada como verdad absoluta. El esquema develaba la verdad última de las cosas, el carácter final de cada uno de los elementos. El modelo dejaba de ser un útil interpretativo para convertirse en la interpretación misma. La división devenía efectiva y mediante este movimiento, el medio se convertía en fin. Frente a esta nueva situación, los intelectuales argentinos optaron por seguir el juego y en lugar de problematizar la división, se la apropiaron y comenzaron a construir discursos en torno de ella. De esta forma, se erigieron dos grandes grupos. La división no sólo se hizo efectiva a nivel del imaginario colectivo, es decir de la forma en que los intelectuales se representaban la realidad, sino también a nivel social. La división creó dos grupos opuestos que se enfrentarían encarnizadamente hasta el final de los tiempos. Los defensores de cada grupo defenderían las hazañas de sus héroes como si se trataran de semidioses, mientras que los detractores de cada grupo dispararían dardos envenenados a los errores de sus oponentes.

El trabajo de los intelectuales se centró en la determinación de cada uno de los polos de la ecuación. Así, el eje pasó de una definición a una toma de posición. Las disputas ya no se dirimirán en el terreno de las construcciones sino en los enfrentamientos entre los grupos. La tarea dejaba de ser constructiva para convertirse en una defensa de los valores del grupo frente a los errores de los opositores.

La instalación definitiva del modelo se produjo casi inmediatamente. La caída de Rosas abrió el campo a los cambios, frente a la ausencia de otros modelos interpretativos, la escisión entre civilización y barbarie propuesta por Sarmiento mostró rápidamente su eficacia. El modelo se propagó y fue adoptado desde los

diferentes ámbitos del saber: entre los historiadores (Romero, 1986; Saldías, 1959 ; Luna, 1967), los sociólogos (Levene, 1978; Sebrelí, 1964), los politólogos (Irazusta, 1966; Botana, 1971), y los psicólogos (Mafud, 1970). La tentación estaba ahí, en la aparente adecuación con que el esquema se prestaba a la comprensión de un cuadro que hasta ese momento se basaba en la perspectiva etnocentrista de los viajeros europeos. Una visión propia desde una perspectiva propia. La realización del sueño independentista estaba al alcance de la mano: caído el enemigo español, nacía la horda bárbara.

Como ya había ocurrido en otras partes con otros modelos, una vez instalados, borrados sus orígenes, erigidos en monumentos del saber, se daba comienzo a la tradición. Una tradición que estará marcada por la confrontación y por lo enraizado de las mismas. Efecto del olvido y de la asunción del esquema como originario, las batallas intelectuales tomaran la forma de enfrentamientos pasionales.

La crisis por la cual un hombre se transforma en espíritu libre es considerada a la vez como una victoria y una enfermedad: el espíritu guerrero destruye los valores sagrados, venciendo el carácter venerable de lo heredado -dioses, patria, educación- debe asumir su victoria como enfermedad que debe ser sobrellevada. (Cragolini, M., 1998, p.88)

La irreductibilidad. Herederos de tradiciones los hombres nos cobijamos bajo la seguridad que nos otorgan los conceptos. En este resguardo establecemos relaciones cada vez más estrechas hasta que finalmente olvidamos que solo se trataba de edificios conceptuales. Construimos conceptos como construimos dioses y luego nos enceguecemos venerándolos.

En la tradición argentina la construcción más perdurable es aquella que venimos de señalar, la ilusión de que sobre el mismo suelo conviven dos mundos separados. Las características de esta separación, algunas de las que ya hemos mencionado, presentan una serie de similitudes con procesos que ya han sido estudiados. Sin desmerecer las particularidades del caso, optamos por poner de relieve el hecho de que hemos llevado las construcciones demasiado lejos, hemos deificado y venerado los mismos conceptos demasiado tiempo.

La persistencia con que nos referimos a esta forma, que en algún momento hemos denominado de biseccionismo, nos obliga a girar en círculos. Sobrevolamos los mismos problemas como si se tratase del fin último del ser, como teros protegiendo sus nidos. Demasiado involucrados en la construcción de los paredones de defensa hemos olvidado qué era lo que en el fondo queríamos proteger. Enfrentando dos grupos que son solo el resultado de una construcción, hemos desparramado por nuestros ríos de tierra las semillas de la discordia. Continuadores de una tradición que nunca fue puesta en cuestión seguimos abordando nuestros problemas mediante la oposición de fuerzas. Vamos a la historia para cargar nuestros ojos con sangre y entonces desplegar nuestro arsenal de venganza.

El modelo de la bisección que, como hemos mencionado líneas más arriba, se infiltró en todas las áreas del saber tuvo, sin embargo, un alcance más largo en el campo de la política y en el de la educación. Quizá por la estrecha relación que ambos establecen entre la teoría y la práctica. Quizá porque al momento de la gestación del modelo ambas ramas iban a colocarse a la cabeza de las prioridades del gobierno. Quizá...justamente, quizá, porque al asumir el rol fundamental de la educación sobre el destino de la nación, se la quiso ubicar en un lugar de privilegio.

En un artículo aparecido en el número anterior de esta revista, Adriana Arpini describe perfectamente este estado de cosas de la siguiente forma,

"El discurso pedagógico liberal de la generación de 1837 no dejó lugar para alianzas con los sectores populares y menos aún con los nativos. Éstos, caracterizados por Sarmiento como hordas indisciplinadas e incapaces, fueron expulsados de la categoría de "pueblo" e ignorados como sujetos de la educación. Por otra parte, la categoría abstracta de "población", utilizada para designar a los sectores populares, sirvió para uniformar las múltiples determinaciones de los sujetos sociales concretos, al tiempo que se desarticuló su discurso y se los consideró como bárbaros a los que había que convertir en ciudadanos. El "pueblo" estuvo presente sólo en su condición pasiva de educando que debía ser formado. "La escuela era la continuación de la guerra por otros medios ... y el educador un civilizador. ...[El] lugar de la palabra del educando había quedado vacío y sobre él se derramaba un discurso educador" " (Arpini, A., 2004, p.4).

Esta definición nos expone con claridad el punto: la bisección como originaria y la forma en que desde la actualidad nos referimos a la misma. Si se ha seguido hasta aquí el desarrollo de la primera parte se comprenderá que el cuadro que nos acerca Arpini, con la asimilación de la escuela a la guerra y por ende del educador al ejército de los civilizados que enfrenta al educando de la horda de los bárbaros, corrobora la tesis del biseccionismo llevándola casi hasta sus límites. La separación se torna en batalla, los grupos se organizan para el ataque o la resistencia dejando en el olvido los motivos de la separación: el hecho de que se trata de una construcción conceptual. Así, se desplaza la cuestión pasando de la división, propiamente dicha, a los contenidos de la misma. Se produce el olvido respecto de los orígenes y por qué de la división, y se la asume como una cuestión de hecho. Nace la falsa creencia y las formas de veneración.

Pero lo mismo que ocurre con las reconstrucciones históricas en las cuales se describen los diferentes momentos y signos de la separación ocurre con la forma en que desde el presente nos referimos a la bisección. Si, por un lado, el recuento histórico muestra la formación de bandos, los enfrentamientos, las diferentes políticas y programas educativos, etc., de otra parte, la reconstrucción conlleva una carga que confirma y refuerza la tesis de la separación. Dicho de otra forma, al reconstruir críticamente la historia lo hacemos asumiendo que la separación de la sociedad en dos grupos es un hecho y esto se hace manifiesto en la toma de posición, ya que al valorizar un grupo sobre el otro agrandamos la división; en la presentación de alternativas a los programas oficiales, ya que al oponer

confirmamos la existencia de la separación. En cada una de estas instancias, asumimos la división y la reforzamos. Al transformar el análisis en objeto de ciega-pasión, nos dejamos guiar por los designios de la separación, respondemos a la voluntad de los conceptos.

Partiendo del hecho de que la educación pública argentina responde a los intereses de la división, no hacemos sino pronunciar la distancia entre los componentes de la misma. Tomando la postura de los sometidos frente a la de los sometedores reforzamos la dominación. Proponiendo alternativas -oposiciones- al modelo oficial nos ubicamos en la vereda de enfrente y por tanto confirmamos la existencia de una separación. Volviendo al pasado desde la perspectiva de los perdedores llevamos al podio a los triunfadores y con ello, nuevamente, dejamos que la diferencia sea una bisección.

Enfrentar, oponer, unir, reconciliar, etc. no son sino otras formas de asumir la separación...

Bibliografía:

- Arpini, Adriana. "La problemática político-educativa de la integración. Consideraciones para una actualización del mensaje bolivariano". Revista Sul-Americana de Filosofia e Educação. www.unb.br/fe/tef/filoesco/resafe : 2004.
- Botana, Natalio. El orden conservador. Buenos Aires : Editorial Sudamericana, 1979.
- Castro, Edgardo. Pensar a Foucault. Interrogantes filosóficos de La arqueología del saber. Buenos Aires : Editorial Biblos, 1995.
- Cragolini, Mónica. Nietzsche, camino y demora. Buenos Aires : Eudeba, 1998.
- Halperin Donghi, Tulio. El revisionismo histórico argentino. Buenos Aires : Siglo XXI editores, 1970.
- Foucault, Michel. L'archéologie du savoir. Paris : Éditions Gallimard, 1969.
- Irazusta, Julio. Balance de siglo y medio. Buenos Aires : Ediciones Theoria, 1966.
- Levene, Ricardo. Lecciones de historia argentina. Buenos Aires : Editorial de Belgrano, 1978
- Luna, Felix. Los Caudillos. Buenos Aires : Editorial Jorge Alvarez, 1967.
- Mafud, Julio. Los argentinos y el status. Buenos Aires : Ediciones Américalee, 1970.

- Moreno, Mariano. Representación de los hacendados y otros escritos. Buenos Aires : Emece Editores, 1997.
 - Nietzsche, Friederich. La genealogía de la moral. Buenos Aires : Alianza, 1995.
 - Romero, Jose Luis. Las ideas políticas en Argentina. Buenos Aires : Fondo de Cultura Economico, 1986.
 - Saldías, Adolfo. Historia de la Confederación Argentina. Buenos Aires : Biblos Editorial, 1959.
 - Sarmiento, Domingo Faustino. Facundo. Buenos Aires : Ediciones Culturales Argentinas, 1961.
 - Sarmiento, Domingo Faustino. De la Educación Popular. Buenos Aires : Imprenta y litografía "Mariano Moreno", 1896.
 - Sarmiento, Domingo Faustino. Educación común. Buenos Aires : Ediciones Solar, 1987.
 - Sebrelí, Juan Jose. Buenos Aires, vida cotidiana y alienación. Buenos Aires : Ediciones siglo veinte, 1964.
 - Veyne, Paul. Comment on écrit l'histoire. Paris : Éditions du Seuil, 1978.
 - Viñas, David. Literatura argentina y realidad política. Buenos Aires : Jorge Alvarez Editor, 1964.
-

* Profesor en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. Doctorando en la Université de Provence (Aix-Marseille I), Aix-en-Provence, Francia.